



ANO IV

← BARCELONA 16 DE FEBRERO DE 1885 →

NÚM. 164



UNA HERMOSURA VIENESA, dibujo por J. Raffel

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—SIN CARETA, por don Benito Mas y Prat.—LAS AVENTURAS DE UN MUERTO (continuación), por don Gaspar Nuñez de Arce.—AL VADO Ó LA PUENTE, por don Pedro María Barrera.—EL CARNAVAL, por don E. de Lustonó.—COLON, por don Antonio Corton.

GRABADOS: UNA HERMOSURA VIENESA, dibujo por J. Raffel.—ANTES Y AHORA, cuadros por E. Grutzner.—JUNTO AL POZO, cuadro por R. Madrazo.—PESCADOR VENECIANO, cuadro por R. Falkenberg.—ONDINA, cuadro por Pablo Mayerheim.—A LA ÚLTIMA MORADA, cuadro por L. Knaus.—REUNION DE CAZADORES, dibujo por E. Ceccom.

NUESTROS GRABADOS

UNA HERMOSURA VIENESA,
dibujo por J. Raffel

Nuestros lectores habrán observado la especial predilección que nos merece lo bello: al obrar de esta suerte, no sólo obedecemos á la involuntaria atracción que la belleza ejerce en nosotros, sino que entendemos cumplir nuestra misión artística según los preceptos de la estética. Entiéndese por tal la ciencia de lo bello, y aún cuando acerca de lo bello andan muchas opiniones, ello es que, en definitiva, lo bello es aquello que nos complace por su expresión, por su regularidad, por su armonía; aquello que nos ayuda á remontar espacios superiores, que nos inspira ideas más sublimes, que nos hace sentir cierto no sé qué, vago, misterioso, simpático y como no perteneciente al vulgo del mundo puramente material.

Una vez bajo la influencia de lo verdaderamente bello, nos sentimos sin duda muy inclinados á lo verdaderamente bueno, que ha de ser el objetivo de todo procedimiento humano; y hé aquí por qué, en nuestro juicio, á las artes bellas se las llama indistintamente artes nobles; con lo cual se reconoce la influencia y relación entre lo bello físico y lo bello moral.

Ahora bien, fijémonos en ese tipo, que su autor llama hermosura vienesa, sin duda porque en Viena habrá tenido la buena suerte de encontrar al original de ese retrato. Su expresión, su regularidad, su armonía, son tan favorables, completas y bien entendidas, que la impresión de la obra surge instantáneamente y se traduce en la más común y más superior de las admiraciones.—¿Quién fuera amado de ese tipo!...—Esta frase viene á los labios á la simple vista del dibujo de Raffel. ¿Cabe hacer de él mayor elogio?

ANTES y AHORA, cuadros por E. Grutzner

El autor de estos dos cuadros se ha propuesto no tanto establecer las diferencias entre el arte antiguo y moderno en el género místico, como las diferencias entre los religiosos llamados á apreciar las obras de ese arte. En el cuadro *Antes* vemos al pintor ascético que, dominado por un espiritualismo hasta exagerado, pinta en los muros del convento imágenes de santos sin carne, sin huesos y hasta sin sangre; santos imposibles que revelaban un estado de ánimo en que la inspiración procedía de alucinaciones y éxtasis completamente fuera de este mundo, producidas por el ayuno, la penitencia y la lectura de libros en que lo sobrenatural del cielo se quería imprimir á lo muy natural y material de la tierra. En el cuadro *Ahora*, el religioso no tiene traza alguna de hombre ascético, antes bien sus apariencias son las de un santo varón que se da una vida regalona y procura alargarla cuanto es dable á la humanidad bien atendida. Por esto no encuentra explicación plausible para continuar exponiendo á la vista de los fieles las encanijadas imágenes que decoran las paredes de su iglesia y se arma, no de un pincel como su antecesor, sino de una escoba ó poco menos, con ánimo deliberado de encalar el lienzo en que la fe, y muchas veces el genio, trazó verdaderos prodigios, que han sido bárbaramente sacrificados por la ignorancia.

Afortunadamente cunde entre la multitud, no tan sólo el buen gusto, sino la inteligencia necesaria para apreciar las obras de arte bajo una porción de conceptos ajenos á la simple forma ó color de aquellos. Hé aquí por qué, considerados los dos cuadros de Grutzner bajo su punto de vista intencional, encontramos al *Ahora* menos fundado en lo cierto que el *Antes*.

JUNTO AL POZO, cuadro por R. Madrazo

Este precioso dibujo puede calificarse de modelo en su género: la decoración ó lugar de la escena respira frescura; es una plazuela que tiene luz y ambiente; la actitud de los personajes, aun los de segundo y tercer término, es naturalísima; las cabecitas están llenas de expresión; el conjunto es *bijou* estimable para todo inteligente, y simpático aun para los profanos. Como grabado es también recomendable en grado sumo.

PESCADOR VENECIANO,
cuadro por R. Falkenberg

La inmensidad del mar contrastando con la pequeñez del hombre, será en todos tiempos, como lo ha sido hasta ahora, un asunto interesante para el artista. Mas algo tendrán el cielo, el mar y los pescadores venecianos cuando tanta predilección sienten los pintores por estos objetos. Hay en el mundo mucha agua sin la del Adriático, y muchos marineros que nunca han atracado en el muelle de los esclavones; á pesar de lo cual, el hombre de genio que ha visto una vez á Venecia, experimenta, sin explicárselo, cierta respetuosa admiración hacia todo

lo perteneciente á la antigua república de San Marcos, á la cual defiende voluntariamente el cetro de los mares.

Es que Venecia, con su arquitectura, ni del todo árabe ni del todo cristiana; con sus mujeres, de belleza ni del todo oriental ni del todo europea; con sus marineros, que conservan algo de aquellos antepasados que lanzaron al mar el Bucentauro; con un mar que parece hecho para reflejar su cielo y un color de cielo que parece á propósito para su sol; Venecia, decimos, es toda ella un inmenso museo en el cual lo que vive y se agita es tan digno de ser admirado y reproducido como los mármoles y los bronceos, los frescos y los lienzos de sus plazas, de sus iglesias y de sus palacios.

ONDINA, cuadro por Pablo Mayerheim

La mitología del Norte es más poética, más espiritual que la del Mediodía. No hay duda que entre las deidades de la Escandinavia y las de Grecia existe mucha analogía y hasta semejanza en la forma material con que unas y otras se hallan representadas; así, por ejemplo, la ondina de los escandinavos es sumamente parecida á la náyade de los griegos; pero si bien se examina, en el mito del Norte el sensualismo, que entra por mucho en ese politeísmo absurdo, no da lugar á consecuencias tan groseras como en el del Mediodía. El paganismo se afana por embellecer sus ninfas y sus náyades; pero junto al mito de las primeras coloca el de los sátiros, junto al de las segundas el de los tritones, y todo se vuelve un concierto asqueroso de amores carnales, que únicamente puede resistir el estómago curtido de la sociedad griega ó romana.

El hijo del Norte es más inocente en su misma rudeza; su ondina surge de la espuma del mar como la Vénus pagana; pero aún cuando surge para amar y sus besos son mortales para sus amantes de un momento, no es un tipo repugnante y degradado como el de la fácil esposa de Vulcano, en la cual todo es sensualismo y relajamiento, desde sus amores adúlteros hasta la forma que frecuentemente toma una parte de su culto.

En el cuadro que hoy publicamos el autor ha dado prueba de que comprende la índole del mito escandinavo: su ondina es una verdadera criatura del mar, un engendro poético, fantástico, condenado á nacer, amar y morir abrazado al objeto de su amor.

A LA ÚLTIMA MORADA, cuadro por L. Knaus

Hé aquí una obra de arte cuyo valor supera á su tamaño.

Es, como si dijéramos, la esencia, el extracto de un asunto de sentimiento, ejecutado con delicadeza suma. Nada de relumbron, ningún efecto rebuscado: un entierro de sobra humilde, y que, sin embargo, produce todo el efecto que su autor ha podido esperar. Es un cuadro que debiera pintarse todo él de color gris.

REUNION DE CAZADORES,
dibujo por E. Ceccom

Se recomienda por lo acertado de las combinaciones que forman los distintos grupos, produciendo de por junto una escena verdaderamente animada. El paisaje está bien entendido y sus diversos términos son sensibles y fácilmente apreciables.

Aquellos de nuestros favorecedores que hayan tomado parte en alguna de esas grandes fiestas cinegéticas, podrán dar aún mayor importancia á este cuadro y buscarse á sí propios en alguno de los diversos círculos que lo componen.

SIN CARETA

ARTÍCULO DE CARNAVAL

Yo he sido siempre un chico bien educado, aunque me esté mal el estamparlo en letras de molde.

El buen decir, el tacto social, lo que llamamos *las conveniencias*, han sido para mí leyes á las que me he sometido sin chistar, y barreras que han contenido mis ímpetus juveniles y el torrente, más ó menos abundoso, de mis pasiones.

He visto rendirse *las torres que desprecio al aire fueron*, como dijo Rioja ó Rodrigo Caro,—que con este ó aquel á poeta salimos,—y no me he atrevido á golpear la campana de alarma, he sentido estremecerse las casas solarietas y los hogares aristocráticos y no he dicho esta boca es mía en la plazuela de la maledicencia.

La ola mundana, sin embargo, llevándome de acá para allá como una perdida, quiso incitarme al pecado de proclamar la verdad, varias veces, poniéndome de manifiesto las flaquezas que se tapan con la gasa social y que se ven claras á la luz de la crítica, los vicios que se acurrucan tras las doradas alcobas y que alumbran lámparas de rosa haciendo el oficio de candiles lupanarios; las deformidades del mentido trato, que desfigura á los hombres y los hace aparecer distintos de como son, pueden ser ó han sido.

Os revelaré en confianza que una de estas veces caí en la tentación, pequé; dije la verdad á todo bicho viviente. Esto aconteció cierto martes de Carnaval en que, para disfrazarme mejor, me levanté del lecho sin careta.

A la hora del almuerzo bajé al comedor del hotel en que me hospedaba y me senté á la mesa con aire resuelto: no hay que decir que comenzó mi campaña quijotesca incontinente. Hice que retiraran dos platos mal servidos y peor condimentados, deseché dos botellas de Burdeos por cristianísimo y falto de marca, dije á un señor gordo que se sentaba á mi derecha que no me incomodase con sus insoportables codos y á una señora flaca que tenía á

mi izquierda que no era mi rodilla la esquina de Tócame-Roque.

No pararon aquí mis atrevimientos; desmentí por tres veces consecutivas á un finchado portugués que me aseguraba formalmente que en Lisboa no había necios como en la corte de las Españas, quité las ilusiones de una francesa que me juraba que tenía la boca más fresca que las andaluzas, porque tomaba sorbitos de *champagne frappée* después de la comida, y puse como ropa de Pascua á un Tenorio de pega que como Byron no había encontrado más virtud en Cádiz que una corsetera de la calle Juan de Andes.

Sentíase aún el rumor del aire cortado por las saetas que se me dirigían, cuando salí á la calle á visitar mis conocidos de costumbre. Los camareros del hotel cuchichearon entre sí, al verme salir, de un modo expresivo y me señalaron con sus dedos finos y relucientes. Se habían sorprendido de verme convertido en Quijote y rebotando como pelota de goma sobre la tersa superficie de las conversaciones.

Confieso que aquel día me retozaba el gozo en el cuerpo; cansado de mi cotidiano antifaz, como aquel personaje histórico á quien se conoce por el expresivo apodo de: *El Máscara de Hierro*, me sentía con ánimos de emprender cualquier noble empresa.

Mientras taconeaba por la acera traía á la memoria citas y sentencias apropiadas al estado de mi ánimo; entre ellas me recité á mí mismo esta del príncipe de nuestros satíricos:

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Encontré en la calle á varios amigos y no me conocieron, ¡es claro, yo no era yo! al menos mi levita y mi sombrero de copa se habían quedado en el hotel y no llevaba la consabida careta.

Llegué á casa de doña Angustias: mi adorado tormento, la bella y cándida Julieta, de quien era yo el Romeo más complaciente, cándido y enamorado,—que ha escuchado, al fresco, el prematuro canto de la alondra,—esperábase alborozada tras el portier del corredor para darme el apretón de manos de ordenanza.

Yo me dirigí á ella, no pian pianito y dejando deslizar suavemente por el pavimento las suelas de mis botas, como otras veces, sino haciendo el mismo ruido que debió de hacer el Cid Campeador entrando armado de todas armas á doblar la rodilla ante su Jimena.

—¡Chico, no seas bárbaro!—me dijo, con aquel piquito de oro que Dios había colocado bajo su nariz griega en un rato de buen humor.—¿No comprendes que mamá puede oírnos y promover una cuestión más trascendental que la del Tonkin ó la de Egipto?

Insensible como un buque acorazado, ó lo que es lo mismo, atrevido como un hombre sin máscara social, que apretaba la mia asaz dulcemente, dije en alta voz á Julieta: —¡Pero, hija! ¿no ves que estoy divisoando la cofia azul de tu mamá, que se refleja en aquel espejo, y ella sabe como tú que me aguardas tras de la cortina todas las tardes?...

Julieta se puso colorada como una guinda y doña Angustias asomó su cara de medusa perfumada, por la puerta del gabinete de confianza.—¡Caballero,—me dijo haciendo una mueca de tarasca en Corpus,—si habeis almorzado fuerte, tened la bondad de volver otro día!

Yo quise dar la espalda al enemigo, pero el brazo torneado y casi desnudo de Julieta no me lo permitió y pasé á la sala, sin cumplimientos.

—¿Vienes de confianza?—continuó mi niña mirándome de alto abajo, con aquellos ojos que no se atreverá á comer la tierra.

—Sí, alma de mi alma, tu casa es una casa pobre, tú no eres ninguna princesa, y puedo tomarme la libertad de venir sin bombo ni faldones algún día.

Julieta me volvió á mirar asombrada: aquel no era mi lenguaje usual; su mamá tenía colgado, casi en las narices de los visitantes, un gran cuadro con las armas y blason de los Caballeros Lanuza y temía que se erizara con tales frases algún descendiente de tan peliaguda familia.

—Mira que el marqués, mi primo, pudiera oírte y desarmarse nuestro matrimonio,—añadió la chica temblando.

—Poco se pierde, querida mía,—contesté yo prontamente;—ya hace días que me va cargando tu primo, y no me pesaría romper la mínima parte de nariz que en la selección familiar le ha tocado en suerte.

Julieta me volvió como un junco, como una violeta, como una sensitiva, como una cuerda de arpa herida por mano profana, y el mico de su primo, que había oído mi peroración de cabo á rabo, miróme con el rabillo de su ojo izquierdo, dispuesto á arrojarme uno de los dos guantes color de lila sucio que afeaban sus manos.

Yo contemplé á mis futuros primo, suegra y esposa, poniéndome en jarras, y girando sobre mis talones rápidamente, volví á salir por donde había entrado, sin recoger una preciosa y transparente perla que se deslizo por la mejilla de mi novia y fué á perderse en el seno de un mar de delicias cubiertas de terciopelo azul turquí.

Al salir escapado como corcel de carrera, topéme con el aristocrático director del Veloz-Club que me invitó á jugar una partida de Faraon entre personas distinguidas. En este juego no suelen amarrarse las cartas, pero hay tercios de baraja calados por el mismo diablo. Diéronme seis pases seguidos teniendo siete y media entre las manos, cuando ví asomar una sota bajo la manga del que tiraba á la sazón de la oreja de Jorge.

—¡Sois unos fulleros, señores míos!...—dije sin más preámbulos, retirando la última moneda.—¿Si esto ocurre en una sociedad de personas *decentes*, qué dejais para los gariteros?

Lo que allí sucedió no es para escrito. Se hallaban sentados en torno del gran ataud, cubierto de paño verde, cuatro diputados á Cortes, un príncipe ruso, tres nababs famosos y cuatro directores de empresas de crédito. Todos se levantaron como movidos por un resorte y áun estoy por decir que se levantó también algún muerto. Dado el caso de que le hubiera visto los piés á la sota, las *conveniencias* me obligaban en aquel lugar á guardar silencio.

Gritaron, yo grité más alto. El aludido, pálido como un espectro, alargóme su tarjeta y señaló á dos bigotudos militares para que se entendieran conmigo; el salón transformóse en campo de Agramante y como dos de aquellos *caballeros* se me ofrecieran cortésmente á servirme de padrinos, les contesté, dejándolos estupefactos:

—¡Siento mucho decir á Vds. que no me entran ganas de leer el Kempis ni de imitar á Cristo muriendo entre dos ladrones!...

Conversábamos ya en la puerta del local, y como pasara un coche de plaza, subí á él mientras mis interlocutores se daban cuenta de mi respuesta. Mis propósitos eran asistir á la sesión diurna de cierta tertulia literaria, donde se leían con aplauso *versos perversos*. Dí las señas al auriga, despues de llamarle *¡bruto!* tres veces para que viera que se las había, no con un César moribundo, sino con un ciudadano dispuesto á decir las tres verdades del barquero al lucero del alba, y rueda que rueda, nos llamamos en el local á que me refiero, que era espacioso y ancho, para que cupiese el necio orgullo de los que le ocupaban.

Habia, en efecto, *matinée* ó velada literaria, y leía un poema en sonetos, género novísimo, cierta eminencia de mirada difusa, como la nebulosa de Orion, de cabeza calva como el Gólgota y de estatura semejante al lanzon de Garcé Perez de Vargas.

El soneto que oí estaba dedicado al Océano, como sus cuarenta y ocho compañeros, y segun nota leída con antelación se habia compuesto con patas ó piés forzados.

Hélo aquí, si mal no recuerdo:

Salud, ¡oh mar! inmenso é iracundo,
tus olas y tus monstruos me confunden
y cuando en tí los náufragos se hunden
por lo pronto se van á lo profundo.
No cabe en mí, que quepas en el mundo,
tus senos ni se vuelcan ni se funden,
y aunque los sabios á millares cunden
no encuentran otro, que eres sin segundo.
¡Mar! ¡mar azul! ¡mar verde é irisado,
yo te canto, te canto, y oye el orbe
este inspirado cántico encantado.
¡No hará la envidia nada que me estorbe,
porque, desde Sagunto hasta Segorbe
va el barco de mi fama empavesado!

Concluido el soneto, cuatro docenas de manos tísicas, diez voces de tiple y varios bajos profundos, hicieron tal salva que hubo de parecerme que asistía á la lectura de algun trabajo de Nuñez de Arce ó de mi amigo Pepe Velarde, sino es ya que creía oír el concurso alguno de esos geniales poemas pequeños que Campoamor tiene en conserva para usos profanos.

Al cabo callaron aquellos voceadores y cuando mi poeta, inflado como los odres de Ulíses ántes de escaparse los traviesos vientos, iba á recetar al auditorio otra nueva ración de berzas mal condimentadas, exclamé yo con voz estentórea:—¡Fuera, intrusos! ¡largo de ahí!... ¡pitos á ese y á toda la ralea mal nacida para la cual se puso guardia civil en el Parnaso!

Mis voces hicieron efecto hasta en los más indiferentes, las cañas se volvieron lanzas,—como dice nuestro romancero,—y la pita más horrible, jacarandosa y desafortada sucedió á aquellos aplausos cursis y reglamentados como los vivas á Robinson Primero.

Tras la tribuna se veían agitarse los puños crispados de aquel sacamuelas de Apolo, respetado hasta entónces por las conveniencias y caído á lo profundo al soplo de la verdad, como los náufragos de sus sonetos.

No hay que decir que la *matinée* acabó á farolazos, como el rosario de la Aurora, con gran contentamiento mio y del auditorio; sin embargo, algo extraño habia circulado por los grupos, porque los que me miraban, parecían murmurar algo de mí. Sin duda se daban cuenta de que me habia permitido entrar allí sin careta y sin la placa de académico, falta más imperdonable todavía.

Despues de haber tenido la fortuna de comer en *Los Cisnes* á costa de las buenas palabras de cierto amigo mio que acostumbraba á cenar diariamente en *Los Pavos Reales* con el dinero de los demás, volví á mi hotel, que hallé radiante de luz por haberse improvisado un magnífico baile para festejar á cierta comision científica que acababa de llegar de nuestras posesiones africanas.

El patio estaba como un ascua de oro y una multitud de elegantes damas lucían sus hombros y sus diamantes con esa graciosa desenvoltura propia de las hijas del siglo de las luces.

Los papás y mamás departían tranquilamente en los divanes, viendo á sus hijas en brazos de las parejas, con los rostros encendidos, los senos palpitantes, los alientos mezclados en un mismo remolino de aire; dando vueltas, como marionettes á quienes Lucifer se entretuviera en tirar de los hilos metálicos.

Los esposos, siguiendo la moda establecida, abandonaban á sus esposas y daban el brazo á las ajenas, como cautivos que han logrado romper la cadena cotidiana. El sándalo, el nardo, y esos otros perfumes, habitual atmósfera de la belleza; los grandes espejos, que reproducían de un lado la rosa y el jazmin de los escotes, y de otro los tonos blancos y limpios de las pecheras; el sensual arrullo de la música y el gracioso cuchicheo de la multitud, dábanme á entender que allí, más que en ninguna parte, andaban *las conveniencias* á dos manos, sembrando deseos y apagando hogueras, velando proyectos y desfigurando intenciones.

—¿Qué os parece de este reflejo del gran mundo?—preguntóme un caballere que sabia mis aficiones poéticas y que solia recitar á todo el mundo cantos enteros de *La Araucana* para dar una muestra de sus gustos épicos.

—¿Me hablais del gran mundo?—repuse,—pues os contestaré con estos versos, que no son malos ni míos.

Hélos aquí:

Muchachas muy recatadas
con espalda y pecho al aire
que, en cambio, con gran donaire
lucen colas prolongadas,
las cuales, no es diatriba,
pudieran sin gran trabajo
la tela que sobra abajo
haberla empleado arriba;
Pobres que con lujo viven,
ricos que ocultan su oro,
pillos que hablan de decoro
y poetas que no escriben;
por lo cual, creo, y no es,
señor vizconde, manía,
que, ese gran mundo, debia
llamarse *el mundo al revés*.

Huyó mi interlocutor, al escuchar esta cita del género dramático-social, y acercóse á mí una señora fina y delgada como una hoja de Toledo, á la que dije que no me atrevia á bailar con ella porque no habia aprendido á manejar el florete.

Una bellísima rubia que ostentaba en su espalda un hermoso lunar, oyó de mis labios que para evitar las tentaciones debia de haber comprado cuatro centímetros menos de tela; por último, á una tercera, cuyo marido solia pasear demasiado por el jardín, mientras ella jugaba al ajedrez con un apuesto capitán de lanceros, le dije sin más preámbulos:—¡Amiga mia, sois tan mala jugadora que siempre dejais los alfiles á salto de caballo!

Mi mala fortuna quiso que el de caballería oyera mis palabras, y levantándose del asiento que ocupaba, quiso responderme en regla. Lanzóme una pulla, se la devolví; le insulté, me desafió; dividiéronse nuestros individuos las damas allí reunidas, como ocurre en la escena más culminante de *Las Hijas de Eva*, y cuando ya se iba calmando el oleaje, aparecieron, en el patio, mis enemigos del Veloz Club.

Yo hubiera debido cortar aquella situación anómala de una cuchillada y un pistoletazo, como D. Juan Tenorio; pero, á mí debió de *oírme el cielo*, porque sonaron las doce y me encontré en pleno miércoles de Ceniza. Púseme, pues, la más fina y cortés de mis usuales caretas y dí cuantas satisfacciones se me pidieron á todo el mundo.

Hacíame ya la ilusion de poder subir sano y salvo á mi habitacion, para descansar de las aventuras del dia, cuando se presentaron en el hotel dos mozos de mala traza á quienes guiaba un inspector seco y ceremonioso.

—¿Sois el Sr. Borgia?—me dijo aquel Fierabrás con baston, despues de mirarme con fijeza.

—Yo soy,—contesté un poco cargado de tan insidiosa pregunta.

—Siento mucho deciros,—añadió el polizonte,—que por informes de vuestra futura suegra, de vuestros compañeros de hotel y de vuestros amigos del Veloz Club, debeis quedar recluso hasta que se os proporcione cómodo aposentamiento en San Baudilio.

—¿Yo al manicomio?—exclamé estupefacto, viendo que se me echaban encima aquellas dos siluetas negras á quienes el polizonte acompañaba.

—¡Amigo mio,—dijo el implacable verdugo,—el Carnaval social no permite más que ciertas libertades, y sólo los locos rematados se presentan ante los cuerdos sin careta!

BENITO MAS Y PRAT

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

POR DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(Continuación)

De pronto, arrebatado contra mi voluntad por el espíritu misterioso que me conducía en sus alas invisibles, me sentí arrancado de aquel seno querido. Al alejarme de allí, observé que el novio de mi hermana, aprovechándose de la confusion que la noticia de mi muerte habia producido, se apoderaba de la mano de su futura, para imprimir en ella apasionado beso.

La ocasion no era la más oportuna para estos arranques; pero ¡qué dolor no se profana en el mundo!

Tan inesperadamente como de costumbre, vime de improviso en la casa de un antiguo amigo mio, donde se hallaban alegremente entretenidos, él y otros compañeros de mi infancia, quizás aquellos que más habia

querido. Sentados al rededor de una mesa, literalmente cubierta de botellas y copas, en cuyo centro aparecía ancha ponchera inflamada, asemejábanse, vistos á la livida luz del ron, muertos que acababan de abandonar sus sepulturas. Reinaba ya entre ellos el loco entusiasmo de la embriaguez, y reían, y gritaban, y cantaban á un tiempo, sin cuidarse de Dios ni del diablo: ¡ni de mí que presenciaba sus placeres, imposibilitado de tomar parte en la báquica fiesta!

Poco despues la puerta de la sala se abrió dando entrada al novio de mi hermana Petra. Su afliccion habia desaparecido, y habria sido imposible descubrir en su rostro coloradote y risueño, el menor vestigio del pesar que mi suicidio parecia haberle ocasionado.

—Buenas noches, chicos,—dijo sentándose al lado de uno que, como vosotros, estaba á punto de dar con su cuerpo en tierra:—¿nada hay ya para los amigos?

—Todavía queda bastante ponche para embriagar á la vecindad. ¡Bebe!—le respondió el interpelado.

El novio de Petra llenó un vaso hasta los bordes y lo llevó á sus labios.

—Brindo,—dijo,—por el alma de Julian de Mendoza que estará ahora ardiendo en los infiernos.

—¿Qué dices?—le preguntaron asombrados los demás.

Mi futuro cuñado, á quien el deseo de aparecer gracioso y no su mal corazon, le hacia burlarse de mi muerte, dió cuenta en breves frases al bullicioso concurso de mi crimen y del dolor de mi familia.

—¿Con que se ha suicidado Julian?—exclamó uno de los oyentes, que hasta entónces no habia intervenido en la conversacion.—¡Pobrecillo!

—Siempre he creído, que ese muchacho era tonto,—añadió otro con voz balbuciente y vinosa.

—¡Y por una mujer!—refunfuñó un tercero haciendo una mueca despreciativa y desdeñosa.

—¿Qué quereis?—repuso sentenciosamente el novio de mi hermana,—cuando se carece de sentido comun...

Yo estaba indignado; varias veces pretendí precipitarme sobre los desnaturalizados amigos de mi niñez; pero mis esfuerzos fueron inútiles. En aquella circunstancia, mal aconsejado por la ira, eché de menos mis piés y mis manos, porque habria emprendido de muy buena gana á golpes con los que no tenian para mí más oracion fúnebre que el sarcasmo y la indiferencia.

Afortunadamente el inquieto espíritu, á cuyo poder estaba sometido, hizome de nuevo cruzar el espacio; pasé, como antes, por cima de los campanarios de mil aldeas, de campos incultos, de ciudades, selvas y montañas, hasta que al cabo de breves instantes caí, como al principio de mi peregrinacion, en las más hondas tinieblas. El tránsito fué tan rápido que apenas pude darmé cuenta de su duracion; despues me detuve, abrí los ojos, y con no poca sorpresa me encontré....

—¿Dónde?

—Dentro de mi cuerpo.

—¡Ja, ja, ja!....

—No os riais que aún no he concluido. Grande fué mi asombro cuando me ví acostado en la cama de un hospital. Varios amigos míos habian conseguido, por gracia especial, que me asistiesen dos hermanas de la Caridad, conociendo, sin duda, que el cuidado de estas santas mujeres es más afectuoso y solícito que el de los hombres. Difícilmente podré explicaros el efecto que me produjo su presencia; abundantes lágrimas corrieron por mis mejillas; al observar su cariñoso esmero para conmigo me acordé instintivamente de mi madre; y cruzó por mi mente como un relámpago, vaga y confusa idea de mi fantástico y espiritual viaje.

No soy muy creyente, aunque no me faltan, á la verdad, razones poderosas para serlo; pero os confieso que no conozco nada tan heróico, nada tan santo como el instituto de las hermanas de la Caridad. Entregarse al dolor como una mujer apasionada se entrega al deleite; curar las heridas del cuerpo y las del alma; dulcificar la agonía del moribundo; devolver su fe en el lecho de muerte al incrédulo; hacer que el impío mezcle en su postrera hora el nombre de Dios con el de su madre, bendiciéndole; consagrar la vida, las ilusiones, las esperanzas, ¡hasta los deseos! al consuelo del desgraciado; ser en fin la última familia del que no tiene ninguna.... ¡Oh bienaventuradas mujeres! ¿qué mision más sublime que la vuestra?

—¡Bien, bien! Pero basta de digresiones sentimentales.

—Teneis razon; debia saber que teneis el corazon demasiado corrompido para comprenderlas; sigo, pues.

A pesar de mi postracion física y moral, pude apreciar, sin engañarme, la gravedad de mi estado. No se me ocultó que era peligroso, y me convencí más de ello, cuando siguiendo con el pensamiento, porque mis manos, así como todo mi cuerpo, estaban paralizadas, la direccion del intrincado vendaje que cubria mi rostro, pude calcular aproximadamente la extension y profundidad de mis heridas. Ya veis las cicatrices; la bala del revólver, rompiendo mi mandíbula inferior y parte de la superior, habia penetrado en el pómulo de mi mejilla izquierda, á pocas líneas del ojo: la herida fué, pues, desde un principio considerada como mortal. Una de las hermanas de la Caridad se acercó apresuradamente á mi lecho, colmándome de afectuosas atenciones, en cuanto me vió dar señales de vida, mientras que su compañera subia en busca del médico del hospital.

No se hizo esperar el doctor, que era un hombre como de cincuenta años, austero y frio como todos los que se acostumbran á presenciar los dolores físicos y á no ver en el sér racional más que un conjunto de sangre, arterias, nervios y vísceras. Entró sin hablar palabra, y aproximán-

dose á la cama, se apoderó de mi mano inmóvil y helada.

—Bien,—dijo contestando á su propio pensamiento,—hemos vencido el tétanos; escribiré este caso, que puede darme reputacion y aumentar mi clientela.

Me recetó, ántes de marcharse, una poción antiespasmódica y salió de la sala, grave, indiferente y silencioso como habia entrado.

¿Qué era lo que habia pasado por mí? ¿Era un sueño mi peregrinacion por un mundo inmaterial? ¿Seria acaso el delirio de la fiebre, el que, trasportándome á los espacios desconocidos me habia hecho ver aéreos fantasmas, aspirar agradables perfumes y oír regaladas y dulcísimas armonías? ¿Habia estado vivo ó muerto? ¡Ay! yo recordaba con éxtasis el océano de luz en que habia navegado; la alegría de los bienaventurados y la desesperacion de los réprobos; conservaba memoria del llanto que habia visto derramar á Elena, del ardientísimo dolor de mi madre, de la burla de mis amigos de infancia, hasta de mi entierro... Pero, ¿cómo me veia, despues de esto, vivo, solo y abandonado en el lecho de un hospital?

Procuré hablar á fin de disipar mis dudas; mas las hermanas de la Caridad, cumpliendo las prescripciones facultativas, me impusieron silencio. Callé, pues, esperando mejor ocasion, y no tuve por qué arrepentirme de mi obediencia á los preceptos científicos.

Lentamente mis ojos fueron cerrándose y caí en largo y sosegado sueño, que reanimó mis abatidas fuerzas. Cuando desperté podia mover mis miembros, hasta entónces entumecidos; respiraba con ménos dificultad y mi cerebro estaba más sereno. El médico volvió á visitarme y se maravilló de mi mejoría. Estuvo conmigo algo más complaciente y hasta se permitió reprenderme por haber atentado contra mi vida.

—De cualquier modo,—añadió,—la locura de V. me ha proporcionado el gusto de estudiar un caso completamente nuevo en los anales de la medicina; casi una resurreccion.

—Me alegro,—respondí sonriendo,—de haber sido para la ciencia y principalmente para V. un caso curioso de patologia

Preocupado con la idea de mi viaje por la region de los espíritus, sorprendíome la noche sin haber podido resolver si aquel extraordinario misterio habia sido sueño ó realidad. A mis oídos llegaba el rumor de la anhelante

respiracion de mis desgraciados compañeros de sala, y varias veces interrumpia mi meditacion el hondo gemido de algun desventurado, que luchaba en el lecho con el dolor y quizás con sus recuerdos.

Una lámpara colgada en el extremo de la sala, ante la imagen de la Reina de los Cielos, esparcia por el lú-

gubre recinto ténue y vacilante luz, que en los últimos términos apenas podia quebrantar la intensidad de la sombra. Era aquella penumbra una especie de crepúsculo prolongado entre la luz artificial y las tinieblas; pero un crepúsculo melancólico y desolador que comprimía el ánimo y hacia pensar en la muerte.

Yo seguia con vista distraida, en tanto que mi imaginacion se perdía en un dédalo de caprichosas conjeturas, el leve movimiento de la sombra que, agitada por las oscilaciones de la luz, se proyectaba en la pared, trémula y casi amortiguada. Estaba ya á punto de dormirme, cuando me pareció oír ruido cerca de mí; al principio no reparé en él, pero bien pronto un golpe dado cuidadosamente sobre mi almohada, me hizo salir del estado de soñolencia en que habia caído; miré con más atencion y ví sentado á la cabecera de mi cama, ¿á quién direis?

—¿A quién?

—¡Al diablo! El diablo era, sí; el mismo que en el café hizo escarnio de mi escepticismo y puso en mis manos el arma homicida. Iba vestido con el traje con que le ví la primera vez; sus ojos esparcian el mismo brillo amenazador que tan poderosamente influyó sobre mí en aquel trance sangriento, y en su boca irónica vagaba la misma sonrisa que más aún que la desesperacion, habia contribuido á mi suicidio. ¿Por dónde habia entrado? No lo sé. Sólo sé que tuve miedo, que quise gritar y la voz no me obedeció; sólo sé que quedé inerte y sobrecogido de espanto como un criminal delante de sus remordimientos.

—¿Cómo estás, jóven?—me preguntó con acento grave y solemne.

Yo permanecí callado.

—Larga ha sido tu peregrinacion,—añadió en el mismo tono,—y confío en que te habrá sido provechosa. Has recorrido, niño incrédulo, el mundo y el cielo, viendo por tí mismo que el descanso no existe en la vida ni en la muerte, sino en la tranquilidad de la conciencia.

—¡Ja, ja! Ese buen diablo es una sátira contra Dios...

—Calla, blasfemo, y déjame concluir.

—Si te parece, descansaremos un rato, y beberemos.

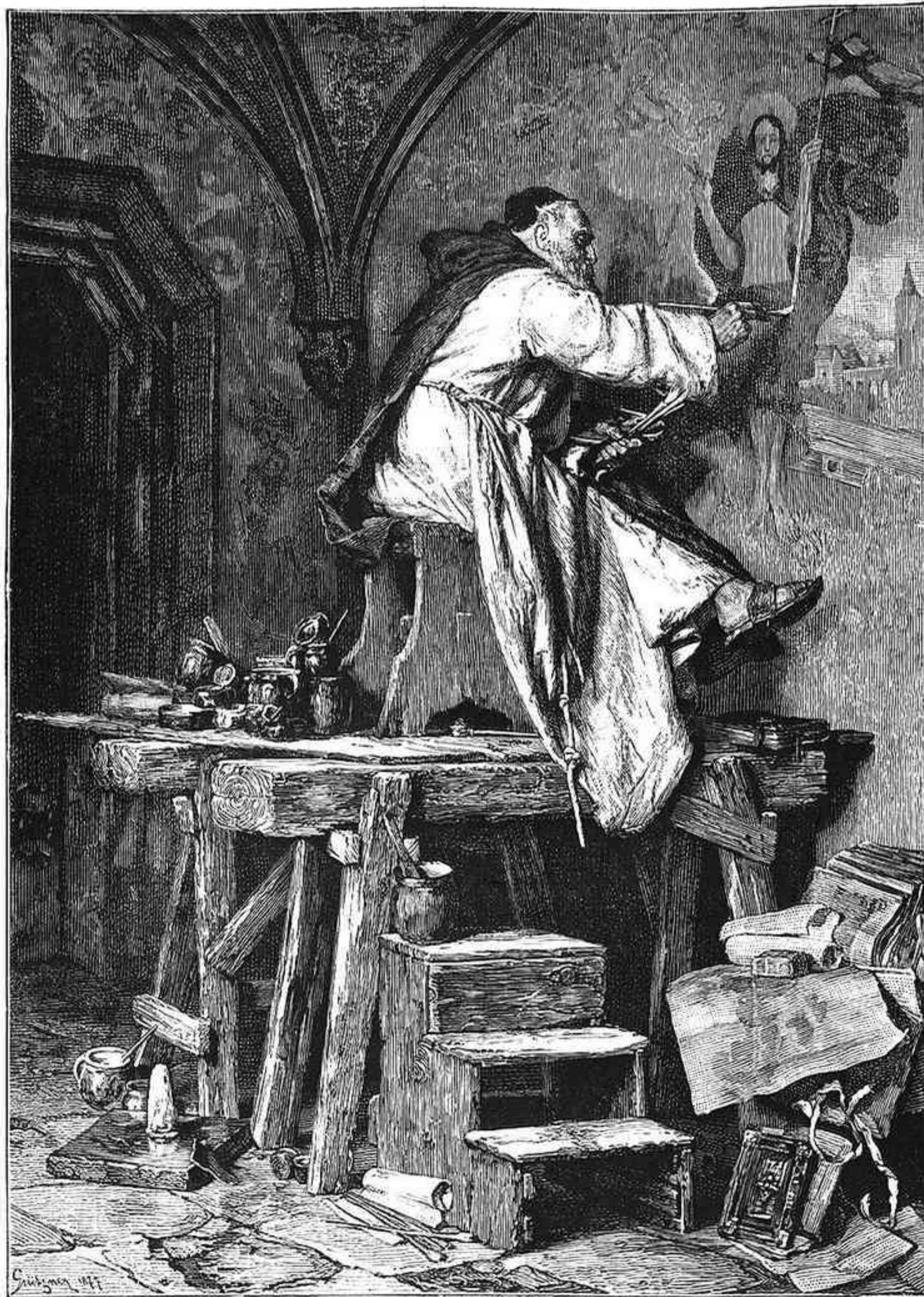
—Dices bien, ya es tiempo de que remojes tus fauces.

—Pues choca tu vaso...

—Brindo...

—¿Por quién?

—A la salud de tu demonio tutelar.



ANTES, cuadro por E. Grutzner



JUNTO AL POZO, cuadro por R. Madrazo

III

Como comprendereis bien, no me hallaba dispuesto á entablar ninguna polémica con mi compañero de café, ni era una discusion filosófica lo que más me convenia entónces. Callé, pues, hasta reponerme del susto que me habia producido su súbita aparicion, y despues, cobrando ánimo, le interrogué sobre mi viaje por el infinito imperio de las almas.

—¿Es verdad ó no que he estado muerto?—le pregunté con ansiosa curiosidad.

Miróme sonriendo mi improvisado amigo y contestó sin vacilar:

—Verdad es.

—¿Y ahora?...

—Ahora vives,—añadió sonriendo.

Aun cuando hasta aquel momento no tenia yo certidumbre alguna acerca de la infernal procedencia de mi interlocutor, me habia acostumbrado instintivamente á mirarle como un sér sobrenatural y poderoso. No creia en diablos, ni duendes: mi razon rechazaba su existencia; pero á pesar de todo, mi débil corazon se rendia al miedo. Mi cabeza era incrédula, mi sentimiento supersticioso.

Pero, ¿acaso no es natural que ofrezcamos esta extraña mezcla de fe y de duda los que, habiendo nacido bajo el hermoso cielo de España, hemos recibido nuestras primeras impresiones en una sociedad saturada de fanatismo? Han pasado por nuestra patria muy pocos años desde la revolucion, para que nuestro espíritu no se resienta todavía del pesado yugo á que ha estado sujeto. Nuestros maestros, ó por lo ménos, los de nuestros padres, han vivido en el claustro; el claustro no es ya lo que ha sido; pero las instituciones no mueren cuando pasan; su influencia flota aún por mucho tiempo en la atmósfera social; vive en las costumbres, sentimientos y creencias, aún despues de estar enterrada en los entendimientos.

Pero continúo.

Gracias, por un lado, á mi supersticion exaltada entónces por la dolencia, y por otro, al mal borrado recuerdo que conservaba de mis aventuras ultraterrenales, dí completo crédito á las palabras de mi interlocutor misterioso, y quise conocer el arcano de mi muerte y de mi resurreccion.

—Tú querrás saber,—me dijo el diablo adivinando mis deseos,—cómo has podido estar muerto estando ahora vivo, y voy á satisfacer tu curiosidad impaciente. Cuando

que te habian visto muerto; pero ante la inflexible y testaruda tenacidad de los hechos, la ciencia tuvo que callar dudando de sus anteriores afirmaciones.



AHORA, cuadro por E. Grutzner

impulsado por la vanidad aún más que por la pena, pusiste fin á tu existencia, tuve intenciones de dejarte entregado á tu eterna desesperacion de suicida; pero despues, un sentimiento que en vano habia pretendido ahogar, me hizo variar de resolucion. No trataré de describirte el efecto que tu criminal atentado produjo en el café; atraidos por la detonacion del arma de fuego que yo habia puesto en tus manos, acudieron en tropel al lugar de la catástrofe muchos parroquianos y el dueño del establecimiento, y puedes pensar cuál seria su estupor cuando te encontraron solo,—porque yo habia desaparecido entre el humo de la pólvora,—bañado en sangre y completamente desfigurado. Algunos fueron en busca del juez y otros en la de un cirujano; pero cuando ambos llegaron, ya era tarde; tú no eras más que un cadáver, una nueva víctima de la locura humana.

No faltaron chuscos que se chancearan, ni mujeres que hicieran como que se enternecian, ni rateros que se aprovecharan del tumulto en beneficio propio; se habló de tu desgracia por espacio de una hora y se te olvidó en otra.

Gracias al influjo de algunas almas caritativas, se dispuso inmediatamente tu entierro. Dificultades casi insuperables hubo que vencer para que la Iglesia te concediese sepultura sagrada; negábase á ello y sólo despues de innumerables esfuerzos, se consiguió debilitar su resistencia.

Ya viste la pompa fúnebre con que te conducian al Campo Santo; pero lo que no pudiste ver fué el asombro que se retrató en el rostro de cuantos te acompañaban cuando observaron que tu cuerpo se movia, levantando primero un pié, luego una mano y por último la lívida y ensangrentada cabeza.

—¡No está muerto, no está muerto!—gritaron algunos.—¡Por poco lo enterramos vivo!

Hubo voces, corridas, sustos, desmayos, ayes y congojas, hasta que, por fin, se desvaneció el cortejo fúnebre y se condujo tu cuerpo á esta sala del hospital. Los cirujanos, y singularmente el que primero te habia reconocido, afirmaban y juraban



PESCADOR VENECIANO, cuadro por R. Falkenberg

Sólo un viejo obregon farfulló mirándote de reojo y rascándose la oreja:—¿Si tendrá los malos en el cuerpo?

Y no se había equivocado; un espíritu potente que se tomaba interés por tí, había penetrado en el tabernáculo de tu alma; él sostenía vida ficticia en la materia próxima á descomponerse; él revivía el aniquilado fuego de tus sentidos; él, en fin, despertaba el movimiento de tus miembros paralizados.

El espíritu te esperaba.

No quiero recordarte tu peregrinacion; presente está todavía en tu memoria y lo estará por siempre el grandioso espectáculo que has presenciado; dichas eternas y eternas aflicciones, todo lo has visto y todo lo has sentido al recorrer las esferas del cielo y del mundo; los muertos y los vivos han pasado delante de tí como los fantasmas de un sueño, como las creaciones de la calentura...

Has conocido el hipócrita sentimiento de los hombres que te trataban; las mentidas lágrimas de la mujer que te desdeña; el pesar, incomprensible por lo intenso, de tu pobre madre; el de tus hermanas, y la perversa intencion de tus amigos. Has podido persuadirte, por tanto, de que la vida no acaba en la fosa, ni el dolor tampoco.

Esto bastaba á mis designios. Por eso, en cuanto dí por terminado tu prodigioso viaje, has vuelto á tu cárcel de arcilla, al seno de esa materia que tan injustamente desprecias, á pesar de que os ofrece lágrimas para sentir vuestras desdichas, sangre para vengar vuestras injurias, y nervios para engrandecer vuestros placeres.

Vive, pues, y nunca pretendas torcer el rumbo en la mitad del camino que la Providencia te ha señalado, porque tus fuerzas son escasas para contrarrestar la voluntad divina, y toda lucha en este sentido sería, aún más que temeraria, absurda.

—Pero ¿quién es ese espíritu que ha velado por mí? —pregunté con respeto.

—Ese espíritu,—contestó mi interlocutor con irónica gravedad,—soy yo.

—¿Y quién eres tú?

—El diablo,—exclamó con un aire maligno y burlón.

¡El diablo! Hasta entonces había estado hablando con el desconocido sin saber quién era, sufriendo pacientemente la fascinación de su mirada y dejándome, en fin, conducir por él como barquilla sin timón ni remos, que arrastra la corriente desbordada de un río. Pero una sola palabra despertó en mí las preocupaciones de la infancia; ví el infierno abierto á mis pies con todos los horrores que la imaginación española, sobreexcitada con tres siglos de Inquisición, nos presenta, sentí los agudos tormentos de los condenados, presencié sus horribles suplicios, y temblé, mis cabellos se erizaron, y quise gritar, intenté pedir socorro, y la voz se ahogó en mi garganta.

Poco á poco fuí serenándome, y la duda penetró en mi alma. Dudé porque no veía.

Santo Tomás es la personificación de la razón humana: esta, como aquel, no cree mientras no se le impone la evidencia, y niega lo que no comprende hasta que la verdad austera sale á su encuentro y anonada su orgullo.

Ya algun tanto recobrado de mi susto, me aventuré á preguntar á mi fantástico interlocutor, con cierto dejo de incredulidad, la causa del interés que yo le inspiraba, á lo cual contestó, al parecer, sumamente afectado y casi enternecido:

—Porque... ¡porque soy tu padre!

Al oír esta inesperada declaración, me agité, á pesar mío, convulsivamente en la cama, si bien el diablo hizo como que no advertía mi sorpresa.

A no estar borracho no os diría lo que voy á decir; mas no quiero tener para vosotros ningún secreto. El alcohol es comunicativo, y además, no es justo que un hombre como yo se avergüence de su ascendencia.

—Tú desearás conocer,—me dijo,—el misterio de tu origen, y voy á descubrirte para disipar tus escrúpulos.

Ya sabrás que el marido de tu madre, D. Diego de Mendoza, tenía la pasión de la caza; ante un conejo ó un gamo, se oscurecían en su alma todas las afecciones del mundo: un monte era para él casi el cielo.

Una fresca mañana de noviembre salió D. Diego de su casa, seguido de sus perros, con dirección á un soto escondido en las entrañas de Sierra Nevada, que era propiedad de un amigo suyo. Aquel día fué fatal para él; toda la mañana y una gran parte de la tarde estuvo recorriendo la posesión sin cobrar una sola pieza; sus ojos parecían haber perdido la puntería y sus perros el olfato.

Asendereado y molido D. Diego abandonó el soto, ya cerca del anochecer, encaminándose hacia su casa; pero antes de llegar, el cielo empezó á nublarse y poco tiempo despues estalló una tempestad furiosa. El agua caía á torrentes; profunda oscuridad le envolvía, tanto más siniestra cuanto que por intervalos la rasgaba la lívida luz de los relámpagos. D. Diego, apresurando el paso, se refugió en un cortijo situado á media legua escasa de Granada, donde halló franca y cordial hospitalidad.

Al cabo de tres cuartos de hora se disipó la nube; mas el señor de Mendoza ya no pensó en emprender de nuevo su interrumpida marcha. Habíase aficionado á una jóven que parecía ama del caserío y que no recibía con indiferencia las frases enamoradas del galante cazador. Esta mujer era, sin saberlo, mi amada, y una amada digna de mí; sus ojos negros y rasgados despedían rayos de deleite, que apenas podían amortiguar sus largas y sedosas pestañas. Su árabe y atezado rostro era el reflejo del amor, pero del amor vivo, frenético, nervioso, que, sin herir el corazón, le enciende y arrebató.

La noche cerró por completo, y D. Diego se resolvió á pasarla en el cortijo con el consentimiento de la apasiona-

da Juanilla. Era aquel el día en que yo acostumbraba, desde cinco años ántes, á bajar á sus brazos. A las altas horas de la noche penetraba invisible en su lecho, y amante vigoroso, aunque impalpable, rendía con mis caricias su naturaleza de fuego. Terrible era la lucha que, sin conocerme ni verme siquiera, sostenía la pobre jóven conmigo, porque yo solo me hacía sensible para ella como el desbordamiento de un deseo, como una fiebre, como una pesadilla, como un delirio...

(Continuará.)

AL VADO Ó Á LA PUENTE

Todos envidian en el pueblo á don Atilano. Esta envidia se justifica del siguiente modo. Don Atilano tiene una esposa que se desvive por hacerlo feliz, y que en treinta años que llevan de matrimonio ha sido siempre y en todo y para todo de la opinion de su marido. Tiene un hijo que está cerca de ser licenciado en medicina, y que desde las primeras letras viene asombrando con su entendimiento y su aplicación á todos sus profesores. Tiene una hija más humilde que una malva y más retrechera y más retebonita que todas las muchachas retebonitas y retrecheras del pueblo juntas. Tiene una suegra, señora mayor, muy mayor, que vive con él desde que él contrajo matrimonio y que, aunque nadie lo crea, ni una sola vez ha metido cizaña entre su hija y su yerno. Y para colmo de bienes tiene un billete de la lotería que en la última extracción ha salido premiado con la friolera de doscientas cincuenta mil pesetas.

* *

—¿Qué me falta?—decía don Atilano á un jóven telegrafista con quien paseaba muchas tardes por los vericuetos que rodean el pueblo y á quien muchas noches daba codillo en casa del señor cura, donde, á céntimo de peseta el tanto, tenían establecida una partida de tresillo. Vamos á ver ¿me falta á mí algo?

—No puedo yo decir lo mismo, mi señor don Atilano,—exclamó el interpelado poniendo una cara más triste que un miserere.

—Yo estoy pronto á hacer por usted cualquiera cosa.

—Gracias, mi bondadoso señor don Atilano; pero...

—Dejémoslos de circunloquios y pídamelos lo que quiera. Es usted un jóven que me ha entrado por el ojo derecho. Le concedo á usted por anticipado lo que me pida.

—¿Dice usted eso de veras, excelente señor don Atilano?

—Sí, hombre, sí. Y advierto á usted que soy como los ríos; nunca me vuelvo atrás.

—¡Ay, señor don Atilano de mi alma! si yo me atreviera...

—Pida usted por esa boca.

—Pues bien, deme usted la mano de su hija. La quiero, me quiere, nos queremos...

Don Atilano creyó que se le había venido encima el campanario de la iglesia. Repuesto del inesperado trabucazo, dijo con entonación afable y solemne:

—Lo dicho está dicho. Hoy mismo hablaré á mi familia del asunto, y esta noche diré á usted el resultado.

Para cumplir su palabra, don Atilano comenzó por averiguar la opinion de su suegra.

—Es un buen muchacho,—dijo la señora mayor,—y está ciego por tu hija. Ella también anda enamoradilla: debemos casarlos.

Don Atilano abrazó á su suegra, y puso el caso en conocimiento de su mujer, seguro de otro voto en pró de la boda.

—Los telegrafistas tienen poco sueldo y muchas probabilidades de morir tísicos. No nos conviene ese muchacho.

Así dijo la mamá del pimpollo, sumergiendo al feliz don Atilano en un mar de confusiones. ¡Era la primera vez que la esposa negaba su *visto bueno* á los proyectos del marido!

La abuela siguió diciendo que sí, la madre que no; el padre sin atreverse á resolver en ningún sentido, y... ¡oh incorrectos arranques juveniles! el novio y la novia se fugaron juntitos y en el pueblo se armó un escándalo de primerísimo órden.

* *

La esposa de don Atilano cayó enferma. ¡Pobre señora! ¡Estaba ella tan ajena de que una jóven humilde como una malva fuera capaz de hacer una barrabasada! La enfermedad tomó vuelo, y el único médico, ó cosa así, que había en el pueblo, indicó á don Atilano que los hombres suelen enviudar cuando ménos lo piensan. El atribulado esposo llamó por telégrafo á su hijo: esperaba que su presencia sería un gran consuelo para él y acaso la mejor medicina para la enferma. El estudiante acudió al llamamiento de su padre. Al siguiente día el médico dijo:

—Amigo don Atilano; esto va por la posta. Pero no se alarme usted: sobra sangre; la sacaremos, y la señora se salva...

El estudiante le interrumpió, diciendo:

—Al contrario: hay pobreza de sangre, y es preciso combatirla.

Don Atilano hizo un gesto, y suspiró. El médico hizo otro gesto y repuso:

—Siga usted la opinion de su hijo y mata á la enferma.

El estudiante replicó sin pestañear:

—Siga usted la opinion del médico y matará á mi madre.

Don Atilano quedó sujeto á la más espantosa perplejidad. Si se inclinaba hacia el parecer del galeno, se determinaba haciéndose mentalmente esta pregunta:

—¿Y si tiene razon mi hijo?

Si sus ideas tomaban rumbo opuesto, la pregunta surgía en esta forma:—¿Y si tiene razon el médico?

¡Pobre hombre! Mientras él continuaba perplejo, su cara mitad entregó el alma á Dios y el cuerpo á la tierra.

Con objeto de no entristecernos demasiado, pasaremos por alto los primeros días que siguieron á esta catástrofe doméstica. Volvamos á nuestro cuento cuando ya resignada la familia de la difunta forma planes para pasarlo lo ménos mal posible.

* *

Don Atilano cobró el millon que le había regalado la lotería. No sabiendo qué hacer con tanto dinero, escribió á su hijo, que estaba de nuevo en Madrid, indicándole su deseo de emplear en algun negocio seguro y lucrativo los cincuenta mil duros que le habían llovido del cielo. Igual indicación hizo á su suegra. El hijo contestó lo siguiente:

—Aquí puede V. sacar un crecido tanto por ciento, presentando dinero con garantía de buenas hipotecas. Si prefiere usted especulaciones de otra índole, un agente de bolsa, íntimo amigo mío, me ofrece que con los fondos públicos realizará usted rápidas y grandísimas ganancias. Véngase usted á Madrid.

La suegra dijo:

—Aquí está enterrada mi pobre hija, y aquí debemos continuar nosotros hasta que nos lleven con ella. Compra algunos cortijos; compra algunos pares de mulas; hazte el primer labrador del pueblo, y la agricultura, que es lo único que conoces á fondo, te producirá honra y provecho.

Nueva perplejidad de don Atilano. El se daba cuenta de su situación diciendo que un ojo le hacia *mis!* y el otro *zape!* Buscó solícito la manera de convertir el *mis* en *zape* ó el *zape* en *mis*, y, ántes de que lo consiguiera, un pícaro, ó varios pícaros, de los que no cumplen el sétimo mandamiento de la ley de Dios, cargó ó cargaron con las doscientas cincuenta mil pesetas, y aquí dió fin la riqueza de don Atilano.

—Bueno,—dijo nuestro héroe.—Por ser irresoluto se fugó mi hija; por ser irresoluto se murió mi mujer; por ser irresoluto me han robado un millon de reales. Pues á la tercera va la vencida.

Y se levantó la tapa de los sesos.

PEDRO MARIA BARRERA

EL CARNAVAL

Asegúrase que con la cara tapada se descubre más fácilmente el corazón, y que á favor de la careta es lícito en estos días decir todo género de claridades.

Si como es verdad lo primero, lo fuera también lo segundo, con qué gusto nos envolveríamos en un *portier*, nos pondríamos aunque no fuese más que la mano por delante de los ojos, y fingiendo la voz para que el Gobierno no nos conociese, le daríamos una broma á alguno de los hombres que ocupan el poder.

Pero la condicion de los escritores es peor que la de los esclavos.

A ellos, en la antigua Roma, les era permitido en esta época desquitarse del silencio y las humillaciones de un año en un día de libertad sin límites.

Durante ese día arrojaban impunemente al rostro de sus dueños toda clase de acusaciones; se mofaban de sus ridiculeces, y reprochándoles sus vicios y haciéndoles oír, una vez al ménos, el áspero lenguaje de la verdad, acaso les enseñaban la única senda que debieron seguir y de la que, ciegos con el humo de las lisonjas, se habían extraviado.

A nosotros ni áun este sueño de libertad se nos permite; y es lástima, porque un día, un solo día de máscaras para la prensa, y el Gobierno oiría muchas verdades que acaso le fuesen útiles, y el país muchas cosas que sin duda le sirvieran de lección.

Ya que no es así, ya que nosotros no podemos disfrazarnos, vamos á la calle para ver á los que se disfrazan; tal vez el espectáculo de tanta alegre locura nos sugiera el pensamiento para un artículo sobre el Carnaval.

Estamos en Madrid y en el Prado, y en verdad que la decoración que se descubre es bien poco adecuada al espectáculo que se va á representar á nuestros ojos.

Si como son el acaso, la naturaleza y la estacion los maquinistas que disponen la escena, fuese el último tramoyista de un teatro de mala muerte, aún no le perdonaríamos la impropiedad.

Un cielo gris, tristísimo y opaco, sobre el que flotan algunos jirones de nubes oscuras. Un tapiz de lodo, interrumpido á cortas distancias por sucias charcas, en cuyas cenagosas aguas caen las anchas gotas que preludian un aguacero terrible, produciendo al caer un ruido monótono, igual y extraño, que cispa los nervios; algunos árboles descarnados, cuyas desnudas ramas se agitan al soplo glacial del aire y parece que tiritan de frio; y en el fondo, rodeado de altos cipreses negros y melancólicos, como todo el panorama que descubre la vista, una tumba: el Dos de Mayo.

Hé aquí el aparato escénico de la gran comedia que va á representarse.

¿Y es posible que en este punto se hayan dado cita la locura y el Carnaval para renovar su eterno pacto de alianza?

Las descompuestas voces de embriaguez, las estridentes carcajadas de la locura, los breves monosílabos de las promesas, las cortesanías frases de los galanes, las rápidas palabras de las citas, los discordantes ecos de las músicas, el incesante són de las chanzonetas, el hervidero confuso de la multitud oscura y apretada, entre la cual surcan, por aquí una figura grotesca, por allí un mamarracho imposible, por acullá una comparsa que culebreando entre el gentío parece una serpiente monstruosa de abigarrados colores, ¿van á resonar en esta atmósfera nebulosa y fría? ¿Van á confundirse con esos tristes gemidos del viento que azota los cristales de los balcones, y parece como que se queja y llora alrededor de aquella tumba, agitando sus oscuros y altos cipreses? No. Hemos debido equivocarnos; este es el Prado en efecto, pero no el mismo Prado de siempre.

Aún nos acordamos de otros carnavales cuando lo cruzábamos sobre una yegua más ligera que el viento. El sol hería la nube de polvo que levantaban las ruedas de los carruajes y el casco de los caballos, fingiendo á nuestros ojos como una gasa de oro, á través de la cual veíamos agitarse, rico de colores y de luz, un océano de cabezas alegres, de trajes brillantes y de máscaras bulliciosas é inquietas. Todo saltaba y reía á nuestro alrededor. Las carretelas llenas de hermosas, y rebotando seda y encajes, parecían ambulantes *bouquets* de mujeres, que como las flores llaman á las mariposas, provocándolas á posarse en sus corolas de fuego impregnadas de perfumes, nos llamaban á sí con sus miradas y sus sonrisas.

Mil veces cruzamos entonces el anchuroso paseo, y nunca reparamos en ese sombrío monumento, ó si nuestros extraviados ojos se fijaron un instante en él, nos pareció un jardín, un *parterre*, cualquier cosa ménos un sepulcro. ¿Por qué lo hemos visto hoy?

Inútilmente buscamos la multitud que á estas horas debía llenar el ámbito del salón. Todo está desierto. ¡Pobre Carnaval! Hasta el cielo se conjura contra tí. En vano corres de un punto á otro, agitando tu cetro de cascabeles. Al oír tu voz aguda y chillona, el hombre de negocios levanta la cabeza, te ve pasar y sigue haciendo números en su cartera. La juventud, grave ya y filosófica ántes de sazón, se encoge de hombros al verte dar saltos y hacer piruetas inútiles y se sonríe y te compadece. ¡Pobre Carnaval!

Pero la noche avanza: la lluvia no azota ya los cristales de los balcones; allá, á lo lejos, se ven moverse entre la azulada niebla algunos bultos negros que van y vienen en direcciones distintas: son carruajes, una larga hilera de carruajes que semejan al fúnebre acompañamiento de un duelo. Algunos jinetes cruzan y vuelven á cruzar, al parecer envueltos en blancos sudarios, que flotan con el viento en su rápida carrera. Unos y otros, diríase que buscan algo que no hallan; diríase que parodian el movimiento, la animación y la alegría, queriendo engañarse y hacerse la ilusión de que se divierten, sin conseguirlo. En balde suben y bajan, vienen y van; en balde dan el espectáculo, no hay espectadores. El salón está vacío. El curioso vulgo que asis-



ONDINA, cuadro por Pablo Mayerheim

te á pié y forma una muralla humana al rededor de los actores de la gran farsa, ni aún teniéndolas gratis ha querido ocupar sus localidades.

¿Y este es el Carnaval? No: el Carnaval ha muerto. ¿No conocéis la tradición de las *Wills*, esas jóvenes, amantes locas de la danza, que muertas en el día de sus bodas, se levantan aún en el silencio de la noche para seguir bailando al rededor de sus sepulcros á la luz de la luna?

El Carnaval ha muerto; pero, como ellas, se levanta aún de su tumba para bailar en un baile mudo, de una mímica grotesca y horrible á un tiempo, en el que sólo se oye el crujido de sus choquezuelas descarnadas....

El cielo está azul, el sol derrama un mar de lumbre sobre la coronada villa, cien murgas rasgan el aire puro y diáfano, llegando con sus ruidosos acordes á despertarnos en nuestro lecho.

Un zumbido semejante al de un enjambre de abejas percibe nuestro oído. Es el Carnaval que pasa por delante de nuestra puerta agitando su cetro de cascabeles, y llamándonos con su voz de clarinete destemplado. El Carnaval no ha muerto. ¡Era sólo una pesadilla!... ¡Viva el Carnaval!

Está visto que cuando se oscurece el cielo se oscurece

nuestra alma, y cuando se entristece nuestro corazón, hasta los que se rien se nos figura que se quejan.

En este momento penetra en mi cuarto Pedro, mi criado. Viene sin duda á despertarme.

—Hola, Pedro, le digo. Llégate á la tienda de la esquina, donde se alquilan trajes de máscaras, y tráeme uno de capricho.

—¿Se va V. á disfrazar?

—Sí, hombre, sí. Voy á vestirme de mamarracho y al diablo las filosofías.

Máscara, ¿me conoces?

E. DE LUSTONÓ

COLON

Artículo necrológico

Yo tuve un amigo. Si al considerar que no soy millonario, ni sobrino de ministro ó de canónigo, ni tengo esposa casquivana, ni hermana casadera, pareciere extraño y asombroso á algun lector que yo haya tenido un amigo, *rara avis* en estos y en todos los tiempos, con leer detenidamente esta página caerá de su asombro y volverá de su extrañeza. No fué nuestra amistad de esas que en un minuto se hacen y en un segundo se deshacen: que empiezan por una presentación para terminar quizá por un desafío: de esas amistades que sin ser gratas al corazón, toleramos, sin embargo, por la fuerza de la costumbre, por la ley de la necesidad ó por los estímulos del amor propio.

No crea el lector que se trata de un hombre célebre: el buen amigo cuya ausencia lloro, no oyó nunca sonar su nombre en los corrillos del Suizo, ni lo vió jamás escrito con letras de molde en *La Correspondencia*. No fué nada en Europa, ni siquiera en España: ni académico de la lengua, ni ministro, ni matador de toros: verdad es que tampoco maltrató el idioma, ni fué un charlatan de oficio, ni nació en esta tierra de batuecos. Hubiese tenido la fortuna de ver la primera luz en la noble España,

en esta tierra clásica de los valientes y de las hembras de rumbo, y con un centon de malos versos ó un par de artículos trascendentales sobre filosofía krausista, su nombre, que fué humilde, resonara hoy á mayor altura que los de Pepe Hillo y el Tato, mis héroes favoritos. Pero la ventura ó desventura del hombre en este suelo depende en gran parte del país en que nace, y por eso, sin duda, una celebridad contemporánea no ha vacilado en afirmar que nuestra buena ó mala suerte suele reducirse las mas de las veces á una simple cuestion de geografía.

¡Pobre amigo! ¡Cómo no recordarle! Al verme en mis trasportes insensatos, en mis horas de entusiasmo por todo lo que he juzgado grande y bello acá abajo, por la gloria, por la libertad, por la justicia, jamás me llamó «mala cabeza»; en mis días de fiebre, de desaliento y de lucha, nunca me importunó con inútiles consuelos. En cambio, tuvo piedad de mis tristes alegrías, y ora al verme reír en mi interior, herido el pecho de una esperanza, quizás de un recuerdo, ora al contemplarme neciamente alborozado por una conquista amorosa ó por un efímero triunfo social, él, impasible y grave, permanecía en silencio, sin mover cual otras veces la cola, en demostracion de júbilo. Tal vez sabia que la risa es á las veces más amarga que el llanto y que las pasiones del corazón y de la



Á LA ÚLTIMA MORADA, cuadro por L. Knaus

mente son casi siempre prendas de desgracia para el que las abriga, ú objeto de irrisión para el que las contempla.

He dicho algo de *cola*, y para no dar pábulo á la malicia, me apresuro á declarar que mi amigo era un perro.

Cuando le adquirí, víme en gran apuro para darle un nombre. Tuve al principio la fantasía de llamarle «Juan Perez», «José Sanchez» ó «Manuel Lopez» como tantos bípedos que vagan por el mundo haciéndose la ilusión de que tienen nombre y apellido; pero hubiera sido herejía imperdonable dar á un cuadrúpedo nombre de calendario. Lllamarle «Clavel» ó «Jazmin» como á esos perros afe-minados que á falta de mejor objeto reciben las caricias de las feas, hubiera sido desconocer la filosófica gravedad de mi amigo. Lllamarle «Turco», como á esos canes de enorme cuerpo que á todas horas alborotan el vecindario con sus ladridos, era asaz peligroso en unos tiempos en que la guerra turco-rusa hacia andar á puñadas á todos los políticos sin sueldo. Por fin, y á vuelta de grandes cavilosasidades, concebí una cosa que no suele concebirse mucho en esta tierra clásica de lo inconcebible, ¡una idea! Y yendo y viniendo en esta idea, resolvíme á bautizar á mi perro con un nombre histórico que honrándole á él, honrase de consuno al héroe que lo llevó en la historia. Y le llamé Colon. Tributo de amor y de agradecimiento consagrado á aquel que no pudiendo libertarnos de la cárcel de la vida, hizo bastante con alargar la cadena.

Colon era como el genio: noble en el fondo, vulgar en la apariencia; en una de esas exposiciones de perros á que son tan aficionados los ingleses, hubiese pasado completamente desapercibido. No poseia ninguna habilidad rara: hubiérasele exigido en vano nadar en busca de un palo arrojado al agua, ó erguirse sobre las patas traseras con una caña, á guisa de fusil, en actitud de hacer el ejercicio. Por eso sus compañeros de la raza canina, al verle cruzar la calle, solían decir para sus collares y como en són de befa: *¡qué perro tan cursi!*.. Mas él, curándose poco del *qué dirán*, seguía con cara de perro, camino de la plaza, para husmear algun hueso, con la misma solicitud con que pudiera hacerlo un ce-

sante, sin cuidarse poco ni mucho en merecer el aprecio de los suyos; y si alguna beldad perruna, atraída por la femenil curiosidad, se acercaba á olfatearle, á otro perro con ese hueso gruñía él sordamente y proseguía su marcha. ¡Ah! Era un perro viejo, enemigo del matrimonio, que tenia mucho que enseñar á los bípedos sin cola.

Colon fué enemigo, perseguidor incansable de los gatos. Cuando recuerdo su encarnizamiento con aquel de Angola, que tanto acariciaba la esbelta y vaporosa Elvira, mi vecina de enfrente, admiro una vez más sus bellos sentimientos, (los del perro), que la bondad del alma no se revela sólo con lo que se ama, sino tambien con lo que se odia. Si se me dice que en algun periodo de la historia antigua ó moderna, ha existido un perro bien hallado con la compañía del gato, no vacilo en calificarle desde luégo de *perro judío*. El perro ha sido siempre la antítesis del gato. Y ¿cómo no serlo? Entre el perro del Mahabarata y el gato Moar, de que nos habla Hoffmann, media un abismo. El gato es traicionero, desleal, rencoroso, indiferente á cuanto le rodea; su caricia es el araño. El perro, por el contrario, es franco, leal, afectuoso, agradecido; olvida el mal que se le hace, mas no el beneficio que se le dispensa: yo le he visto salvar á un naufrago en medio de las revueltas olas; yo le he visto, silencioso y mohino, acompañar un féretro, y velar más tarde sobre la fosa solitaria y escarbar la tierra con desgarradora angustia.... Y así como el perro es el amigo del hombre, el gato lo es de las mujeres. Ved cómo le acarician. Ved cómo introducen con sus rosados dedos en el hocico del animalucho los *bombones* que el día anterior compró en la Mahonesa el caballero cadete. Ellas sólo

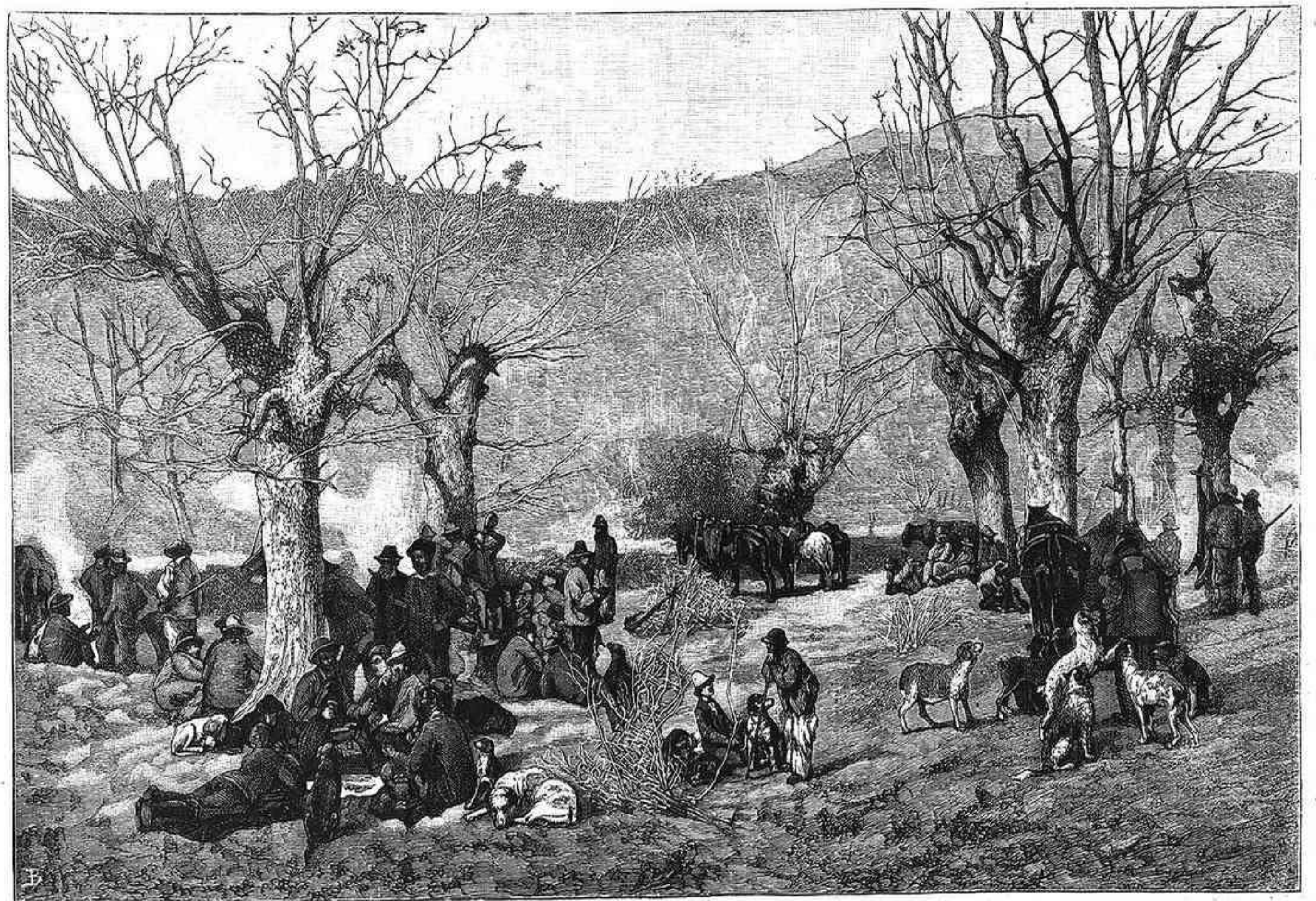
sienten un amor en la vida: el amor propio; por eso al amar al gato que es su imágen y semejanza, ámanse á sí mismas y son una vez consecuentes.

Yo, aunque no esté bien el divulgarlo, tuve una novia, que era dueña de un gato. Y tanto como éste y mi perro se aborrecían, adorábanse ella y el que suscribe. ¡Qué tiempos aquellos! Nunca olvidaré á su respectable tío don Manuel, viejo carlista, que hacia con ella las veces de padre y conmigo las de suegra. Aún me parece verle con

sus blancas patillas, cuando sentado en un banco de la Casa de Campo, en una de esas mañanas de estío, en que sólo se escucha, como decia el poeta, «ruido de besos y batir de alas», recordaba con algun su amigo y contemporáneo los buenos tiempos de la primera guerra, mientras yo, aprovechando su entusiasmo cívico, me internaba con la gentil muchacha en el tupido bosque, sentándonos sobre el césped y las flores, bajo las copas de los árboles, ó jugábamos al escondite, celebrando con las más francas expansiones el encuentro mutuamente deseado, y haciendo apuestas que siempre perdía ella y que yo renovaba y volvía á renovar, ufano con mi triunfo, entre inocentes disputas y calurosas riñas, hasta que una sombra lúgubre, sombra de muerte, cayó sobre las copas de los árboles y las flores se marchitaron y el césped se erizó de espigas que hirieron nuestra planta, y ella, mi compañera en el juego, jugando siempre al escondite, se ocultó tan cautelosamente á mi vista, que ya no volveremos, ¡ay! á encontrarnos nunca en el tupido bosque. ¡Cuán discretamente se condujo en aquellos días, los últimos de su vida, mi fiel compañero, colocándose como centinela avanzado, oculto entre los árboles, para avisarme la llegada del enemigo!

Suele decirse por ahí al narrar la muerte de alguno de nuestros semejantes: *¡murió como un perro!* Este modismo, tan injurioso para la raza canina, podría yo, en justo desagravio, volverlo contra los que lo emplean, y decir, verbigracia, al hablar de la muerte de mi perro: *¡murió como un hombre!* Mas sería inexacta tal aseveración por lo que respecta á mi único amigo: en su egoista existencia perruna, no se unió á ningun otro sér con lazo indisoluble, teniendo al morir la ventaja de que nadie fingiese llorarle el viernes para olvidarle el domingo. Como sólo soñó dormido, jamás despierto, no se llevó á la tumba ningun sueño: como no amó á nadie, ni aspiró á nada, ni buscó la verdad, ni la virtud, ni el amor, tampoco vió morir ántes que él todos sus pensamientos. Convencido de que la muerte es la cosa más natural de la vida, en ningun modo la temia, y por lo tanto no pudieron explotar su miedo galgos curanderos ni podencos especuladores. Cuando se apercibió de que su hora era llegada quiso y obtuvo lamer mis manos con ternura y afecto: mudo, tranquilo, resignado, echóse cuan largo era sobre su lecho de pajas y hojas secas; luégo exhaló un gruñido, no ménos armónico que nuestro estertor, con el cual parecia decir: *¡ahí te quedas, mundo amargo!* Despues, alzando lentamente una de sus patas traseras, como si quisiera despedirse de este valle de lágrimas, para él inmunda perrera, entregó su cuerpo á la tierra, amorosísima madre que con igual cariño recibe siempre en su seno á todos sus hijos.

ANTONIO CORTON



REUNION DE CAZADORES, dibujo por E. Ceccoli

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON